

EL ALBUM.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, ARTES, TEATROS, SALONES Y MODAS.

Dirección y Redacción,
Pedregosa, 7.
Administración, Azonaicas, 4.

DIRECTOR.—D. CÁRLOS DIAZ.

Precios.
En Córdoba, trimestre, 6 rs.
Fuera de la capital; id., 7 id.

REDACTORES.		
D. Carlos Diaz Bolla.	Alcalde Valladares (D. Antonio).	Jover y Paroldo (Ilmo. Sr. D. José).
» Enrique Valdelomar Fábregues.	Avilés (D. Angel).	Jerez Perchet (D. Augusto).
» Carlos Franquelo Romero.	Aragon (D. José M.)	Melendo (D. Rafael).
» Luis Lopez Amigo.	Ballesteros (D. Manuel).	Nunez de Prado (Excmo. Sr. D. José.)
» Benito Avilés Merino.	Conde Souleret (D. Rafael).	Navarro y Porras (D. Luis).
» Rafael Garcia Vazquez.	Delgado Lopez (D. Dámaso).	Pavon (D. Francisco de Borja).
COLABORADORES.	Fernandez Grilo (D. Antonio).	Pavon (D. Rafael).
Srta. Garcia (D. ^a Amparo).	Franquelo (D. Eduardo).	Ramirez de las Casas-Deza (D. I.).
	Fuente de Quinto (Baron de).	Vasconi (D. Angel).
	Fernandez Ruano (D. Manuel).	Vieyre de Andreu (D. Carlos.)
	Illescas (D. Ricardo).	

SUMARIO.

Revista diabólica, por el Licenciado Cartulina.—
Don Alvaro de Luna, por X.—Poesias.—Misceláneas.—Pasatiempos.—La señorita de Champrosay, novela, por Carlos Franquelo.

REVISTA DIABÓLICA.

I.

Segun dicen, somos libres,
Aunque yo no lo comprendo,
Pues sé que todos me mandan
Y á todo el mundo obedezco.
Si quiero salir un dia
Afeitadito y compuesto,
Barbero y sastre disponen
Lo contrario, y maldiciendo
Mi suerte, presto obediencia
A mi sastre y mi barbero.
Si anhelo quedarme en casa
Pues reina un calor horrendo
Y temo hacer en la calle
Liquidacion de mis sesos,
Me escribe Don Nicomedes,
Procurador... por ejemplo...
Que me espera para hablarme
Dos palabras de mi pleito.
Hoy que escribir me repugna,
Hoy que reposar deseo,
Que no tengo inspiracion
Porque solo tengo sueño,
Manda el Director del ALBUM
Que escriba, ¡rayos y truenos!
Una revista ¡me aplasta!
Y en verso... ¡malditos versos!...
Como el diablo no la escriba

No saldrá... pues yo... me duermo...

II.

—¿Se puede entrar?
—¡Adelante!
¿Es usted el caballero
Cartulina?
—Licenciado...
—¡Muy bien!
—Y servidor vuestro.
Pero ¿á quién tengo la honra
De dirigirme?
—No llevo
Nombre de pila; que soy
El Diablo.
—¡Jesús!
—Sin miedo
Puede usted tratarme.
—¡Cómo!
—Ya no hago daño.
—Me alegro.
—Ni exijo escritura.
—¡Bravo!
—Ni pido sangre.
—¡Soberbio!...
Pero usted ya no usa rabo...
—No señor, ni tengo cuernos,
Que el diablo en caricatura
Ya pasó... pasó su tiempo.
Mas en cambio uso pomadas,
Y sortijas y quevedos,
Gran corbata, reó de oro,
Guantes de paja, frac negro
Y botas á la derniere,
Y, en fin, todos los excesos
Que llevan los figurines
A los profundos infiernos.
—¿Y qué busca usted en casa?

—Sacar á usted de un aprieto.
¿No me dió el fácil encargo
De hacer la revista?

—Es cierto.

—Pues aquí estoy á cumplirlo.
—Pero querrá usted un premio.
—Yo trabajo por la gloria.
—¿Qué diablo tan caballero!
—Nos hemos civilizado
Mucho.

—Es verdad... bien lo veo.
—Y de educar nos encargan
A los españoles.

—¡Bueno!

III.

—Licenciado Cartulina...
—¿Qué manda usted?
—Es preciso
Que nos hablemos de tú.
—Convenido, convenido,
Que es uso republicano.
—Y clásico.

—Muy bien dicho.
Veo que eres, chico, una alhaja,
Que eres un *diablo instruido*.
—Como que vengo á ilustraros,
Como que vengo á servirlos
De pedagogo.

—Te auguro
Hambre eterna.

—Qué mal piso
Hay en Córdoba!

—¡Muy malo!
—En el infierno vivimos
Mucho mejor, que al fin es
Muy celoso el municipio.
—Pues manda unos cuantos ángeles
Paisanos tuyos y adictos
Al infierno, y ya verás
Qué pronto los elejimos
Alcaldes y concejales.
—¿Es teatro este edificio?
—Teatro real.

—Tú te burlas.
—Teatro real.

—¡Qué de irio!
—Teatro real, por tres veces.
—Explicate.

—Bien me explico.
Como exige tres reales
Real es tres veces, de fijo.
—Será bufo?
—Poco menos.
—Pues el *can-can* ya no es digno

Ni aun de los diablos. Nosotros
Aunque diz que es nuestro oficio
Hacer mal, siempre lo hacemos
Con buenas formas.

—¡Divino!
Tendré siempre en la memoria
La leccion de este *diablillo*.

IV.

—¿Este es el Gran Capitan?
—Y el Gran Teatro.
—Bien, querido!
—Tiene la gran compañía.
La gran tiple.

—Me suscribo.
—La gran contralto.
—Me abono.
—Todo es grande en estos sitios.
—Menos la Administracion
Que triste y pobre y sin brillo
Es un viviente recuerdo
De otros hombres y otros siglos.

V.

—¿Te gusta la ópera?
—¡Mucho!
Pero me abrasa, me quema
Este ambiente. Hace un calor
Como en las llamas eternas!
Salgamos á respirar
En el entreacto.
—Sea.
—Verás las muchachas
—¡Bravo!
—Son muy lindas, muy modestas...
Pero di, ¿tú que prefieres
Las rubias ó las morenas?
—Todas, todas, porque el diablo
Ninguna mujer desecha.
—Ya está el enemigo enfrente,
—¿Pero dónde...
—Allí.

—¡Tú sueñas!
Si no se mueve ninguna.
—¡Calladas y circunspectas!
—¿Pero no es esto paseo?
—Sí; pero no se pasea.
En Córdoba no te fies
De los nombres.

—¡Oh que pena!
¡Murieron las infelices!
¡Y cuidado que eran bellas...!
Pero ni hablan ni respiran
¡Cielos! ¡qué dolor!... Al verlas

Pienso que estoy contemplando
A las estatuas de Atenas.
Reza tú, que eres cristiano,
Pot sus almas, ¡están muertas!

VI.

—¿Con que te vás?

—Ya me voy.

Que no olvides la leccion;
Y si te ves apurado
Descuida, que aquí estoy yo.

—Eres, digan lo que quieran,
Un diablil o bienhechor.

—Seré diablo; pero al menos
No he perdido la fé en Dios
Como algunos españoles.

—Son locos.

—Sí que lo son.

Hasta la vista, espresiones
A mi amigo el Director,
Y aquí tienes la revista.
Si no te agrada ¡perdon!

Esto es lo que el *diablo* dijo,
Y enseguida se marchó;
Mas yo, *cronista del diablo*,
Te mando este borrador.

EL LICENCIADO CARTULINA.

DON ÁLVARO DE LUNA. (1)

Corria el año de 1419, cuando reunidas córtes en Madrid, el 7 de marzo, declararon mayor de edad, y tomó las riendas del gobierno don Juan II, rey de Castilla, entónces menor de catorce años. Este monarca, hijo de Enrique III, habia quedado sin padre á la edad de veinte y dos meses, viviendo por tanto bajo la tutela de la reina madre doña Catalina, quien suponen que con intento de prorogar la minoría para conservar el poder, lo crió en un estado de opresion y dependencia tal, que influyó en sus cualidades morales, infundiéndole un ánimo servil y una indolencia suma, que de todo punto le inhabilitaron para el mando.

Durante la minoría del rey, habia presen-

(1) Para la redaccion de este capítulo se han tenido presentes la *Historia de España*, por el P. Mariana; la *Crónica de don Juan II*; un escelente artículo publicado en el *Semanario Pintoresco*, por don A. Gil de Zárate en 1838, y otras varias obras y manuscritos que tratan de la materia.

tado en la córte el arzobispo de Toledo, don Pédro de Luna, á un jóven sobrino suyo, pequeño de cuerpo, pero de apuesta figura, tan galan, espresivo y discreto, que al punto logró fijar la atencion de todos. Este jóven era don Alvaro de Luna, hijo de un caballero aragonés del mismo nombre, y de una muger de oscuro nacimiento y de vida poco onesta. Habia quedado huérfano don Alvaro á la edad de seis años, y solo contaba veinte cuando apareció en la córte el año 1408. Aprovechándose el arzobispo del favor que gozaba por su carácter y dignidad, y del partido que su sobrino supo ganarse por sus personales prendas, logró que el rey, niño todavia, le nombrase su page. Poco tiempo bastó para que don Juan se le aficionase con tan extraordinario cariño, que ya no podia estar sin él y enfermaba si se le privaba de su compañía; fácil es esplicar esta preferencia por quien tanto sobresalia entre sus compañeros, y tanto se aventajaba á todos los cortesanos en dotes amables, y en todas las prendas que constituian un perfecto caballero. Desde entónces se formo aquel lazo estrecho que tuvo unidos al rey y al vasallo todo el curso de su vida; aquella intimidad que de dos séres distintos no formaba mas que uno solo; union tal, que el uno parecia el alma del otro, y asi se vió que cuando esta alma faltó, no pudo sobrevivir el ser débil, que solo por ella se aventaba.

Los medros de don Alvaro en palacio fueron rápidos, y en breve se pudo vislumbrar tanto su futura grandeza como la envidia y las asechanzas de que hasta su muerte habia de estar rodeado. Aun ántes de tener ningun titulo en la córte, tratábase con esplendor y aparato; y mero doncel todavia sacaba ya su hueste de hasta 300 hombres de armas, siguiendo su pendon mancebos de las mas ilustres familias del reino. Mas no tuvo parte alguna en la gobernacion del estado durante la larga minoría del rey, ni aun despues de haber llegado este á la mayor edad, hasta que ocurrió el suceso que vamos á referir.

Los infantes de Aragon, don Juan y don Enrique, primos del rey, tenian inmensos bienes y dignidades en Castilla; pero como la ambicion del hombre nunca está satisfecha, aspiraban á mas poder y á ser los árbitros exclusivos del reino. Al principio estaban divididos, y cada uno tenia su parcialidad que llenaba la córte de disturbios, y dió origen á las discordias civiles que por tantos años trabajaron el reino, y que puede decirse no concluyeron del todo has-

ta el advenimiento al trono de los reyes católicos. Aprovechándose el infante don Enrique de la ausencia de su primo, don Juan, que había ido á casarse con una princesa de Navarra, se apoderó una noche del alcázar, estando la córte en Tordesillas, penetró hasta el dormitorio del rey, y se lo llevó como prisionero á Talavera ó Avila, pues sobre este punto hallamos divergencia en los autores. Don Juan suscribió á cuanto le plugo á su primo exigirle, y separaron de su lado á todas las personas que le rodeaban, menos don Alvaro, que debió esta escepcion al cariño que el rey le tenía y á su poca importancia política entonces. Trataron de ganarle con seductoras promesas, mas él permaneció fiel y solo pensó en sacar de tan oprobiosa esclavitud á su soberano. Consiguiólo al fin, pues, aprovechando una ocasion, en que don Enrique estaba menos vigilante, con pretexto de una carcería, llevó á cabo la fuga del rey, y lo condujo al castillo de Montalvan, donde muy pronto acudió el infante con su gente. Duró el sitio, en los cuales fué tal el apuro de los sitiados, que una perdiz introducida furtivamente por la leatad de un aldeano, fué un regalo de inestimable valor para el poderoso rey de Castilla. Por fin la firmeza que en aquella ocasion desplegó el rey, la actividad de don Alvaro, los socorros que por todas partes acudian, y la llegada del infante don Juan, hicieron desistir á don Enrique de su temerario empeño, y libre el rey pudo volver á la gobernacion de sus estados.

El eminente servicio que don Alvaró acababa de prestar, tuvo merecida recompensa; hizole el rey señor de las villas de Ayllon y Santisteban, de las que luego fué conde; pero una dignidad mas alta, la primera de Castilla, le estaba reservada para elevarle de repente á la cumbre del poder.

Uno de los parciales de D. Enrique, y el que mas le ayudó en su anterior atentado, fué el condestable don Rui Lopez Dávalos, caballero por otra parte de recomendables prendas, honrado y generalmente bien quisto. No pudieron sin embargo estas cualidades librarle de la persecucion, y á pretexto de tratos secretos con el rey moro de Granada, se le formó causa, y aunque nada se le pudo probar, fué despojado de sus estados, de sus inmensas riquezas, de todos sus honores y confinado á Valencia, donde murió pobre y sin mas recursos que los que debió á la generosidad de un antiguo criado.

En el repartimiento de sus despojos, tocó

á don Alvaro la dignidad de condestable, y desde aquel momento empezó á ser el árbitro de los destinos de Castilla; pero con su elevacion comenzó tambien aquella lucha de mas de treinta años, que mantuvo con los próceres del reino, y en la que unas veces vencedor y otras vencido pudo humillar á sus orgullosos rivales, pero al fin dió al mundo con su sangrienta catástrofe un terrible ejemplo de cuán vanos y efimeros, son los dones de la fortuna y la privanza de los reyes.

Larga y enojosa seria la relacion de estas fatales revueltas, que menguaron lastimosamente el poder de Castilla, y ajaron el decoro de la corona. Las fuerzas que debian emplearse en destruir el poder musulman en España, se volvieron contra la misma pátria, y rasgando su seno hicieron en ella dolorosas heridas. Solo una vez el honor nacional suspendió la discordia civil, reunió á los próceres del reino alrededor de su monarca, y el rey don Juan se movió con poderoso ejército contra los moros. La famosa batalla de la Higuera, dada el 29 de junio de 1431, y llamada así por una higuera que habia en el campo, de cuyas resu'tas los infieles fueron rechazados hasta la falda del monte Elvira, ciñó á la frente de don Alvaro el laurel mas puro y brillante de cuantos alcanzára en su vida, probando al mundo que reunia las dotes de gran capitán á todas las demás prendas que le adornaban, y que menos combatido de enemigos domésticos, ó menos receloso de perder su alto valimiento y poderío, hubiera quizás podido adelantar la época de la rendicion de Granada, y arrebatarse su gloria á los reyes católicos.

Ya antes de esta expedicion contra los moros habia experimentado la fortuna de don Alvaro un sensible revés, presagio de otros muchos que le esperaban. Unidos los dos infantes que antes estaban separados en opuestos bandos, combinaron sus esfuerzos para derrocar al valido. Ardió la córte en intrigas, y estaban ya las cosas á punto de romper, cuande se acordó dejar la decision de la contienda á una junta compuesta de cuatro compromisarios por cada una de las dos parcialidades. El fallo de esta junta fué contrario al condestable, pues decidió que hubiese de salir de la córte; y permanecer año y medio desterrado de ella. Mas esta sentencia, al parecer tan contraria, se convirtió para él en triunfo. Retirado en la villa de Ayllon, fuéronle á visitar las personas mas notables del reino, y en breve se hizo tan numerosa y lucida la

concurrancia, multiplicándose á tal punto los festejos, que no parecia sino que la córte habia desamparado el lado del rey, para trasladarse á donde estaba don Alvaro. Entretanto el monarca, que no podia pasar sin verle, suspiraba por su regreso; las parcialidades de los que aspiraban á sucederle en el mando, promovian diariamente nuevos escándalos, y no bien habian pasado algunos meses, cuando todos aconsejaron á don Juan que le volviese á llamar: no deseaba otra cosa el débil monarca, á quien no habian visto con rostro alegre durante la ausencia de su favorito; y vencedor don Alvaro de todos sus enemigos, por solo el ascendiente de su genio y de su fortuna, ostentó en su primera entrevista con el rey, un aparato y magnificencia de que no habia ejemplo.

Pero sus émulos y rivales no podian perdonarle esta victoria; y como su privanza y poderio aumentaban cada dia, llegó al mas alto grado el encono y la odiosidad, y promovieron nuevos desabrimientos que solo tuvieron tregua cuando los infantes, llamados por su hermano el rey de Aragon para acompañarle en sus expediciones á Italia, dejaron respirar á la infeliz Castilla, que alteraban con su ambicion insaciable. Volvieron, sin embargo, y volvieron con ellos los bandos y los disturbios, y á pesar de que el infante don Juan era ya rey de Navarra, mas atento á dominar en Castilla que á gobernar su reino, ora uniéndose á la córte, ora combatiéndola, fué el foco principal de las revueltas, que se complicaron todavia, tomando en ellas parte el rey de Aragon, que movió guerra al de Castilla, si bien con poca gloria suya, pues en ella llevó la peor parte, á lo que contribuyeron en gran manera el valor y pericia de don Alvaro.

Sin embargo, el privado á pesar de su grande influencia y superior talento, no siempre lograba sostenerse firme contra tan poderosos enemigos; pero estos reveses de fortuna eran vaivenes pasajeros que le procuraban al fin mas estabilidad y firmeza en su puesto. Logró por último vencerlos completamente. Las parcialidades y bandos de la córte rompieron, como no podia menos de suceder, en una guerra civil. Los campos de Olmedo vieron combatir por un lado al rey y don Alvaro, y por otro á los principes aragoneses. Fué á estos la suerte funesta; vencidos y derrotados tuvieron que huir; don Juan á su reino de Navarra y don Enrique á Aragon, donde murió

á consecuencia de una herida que recibió en la mano.

(Se concluirá.)

MELANCOLÍA.

¡Cuántas veces las yedras que florecen
al pié de mis ventanas
temblar sintieron sus oscuras hojas
al peso de mis lágrimas!

¡Cuántas veces las pobres golondrinas
que anidan en mi estansia
al tristísimo son de mis cantares
huyeron espantadas.

¡Y cuántas veces al bañar mi lecho
la pura luz del alba
me sorprendió despierta, las mejillas
por el insomnio pálidas.

¡Más ni la yedra que enjugó mi llanto
ni las aves ni el alba
ni aun yo misma saber nunca he podido
lo que pasa en el fondo de mi alma!

AMPARO GARCÍA.

DESENGAÑO.

Angel de mi ilusión, porque has venido
A brindarme consuelo?
Porqué has dejado plácida en mi oído,
La música del cielo?

Porqué sobre el volcan del pecho mio
Has derramado flores?
Porqué las has cubierto de rocío,
De rayos y de amores?

¡Hoy las miro marchitas, y volaron
Mis encantados sueños
Y á tu vista, mi amor, se disiparon
Los paisajes risueños!

Las aves y las brisas armoniosas
En la enramada oscura,
Pasaban repitiéndome amorosas
Tus frases de ternura.

El sol se reflejaba en tus cabellos
Que en bucles se esparcian:
¡Y yo pensé que nuestros dias bellos
Jamás se acabarían!

Mas ¡hay! ya se apagó la luz divina
Que alumbró mi existencia,
Y del amor la rosa purpurina
Ha perdido su esencia.

Yo te ofrecí mi corazón amante:
 A tus pies dueño amado
 Te sirvió de juguete un solo instante,
 Después... lo has arrojado!
 Hoy tu desden en lágrimas deshecho
 Triste me lo devuelve:
 ¡Mas al salir el corazón del pecho
 Tarde á su seno vuelve!

... ..

 ¡Ah, no olvides mujer que tu has secado
 Con tus desdenes mi ilusión querida,
 Que el bello paraíso me has cerrado
 Y ¡ay! has hecho un infierno de mi vida!
 JOSÉ MORENO DE MONROY.

A MI PERRA SULTANA.

Celebren otros la gloria
 De los ilustres varones
 Que ya viven en la historia;
 Consagren á su memoria
 Mas elevadas canciones.

Yo, miserable poeta,
 Dedico mi pluma vana,
 Mi lira poco galana,
 Mi mente asaz indiscreta,
 Solo á tí, perra Sultana.

Y bien, amiga, mereces
 Mis pobres versos livianos;
 Pues, ya mastines ó alanos,
 Los de tu género, á veces,
 Valen mas que los humanos.

Yo tengo en tí un fiel amigo,
 Que mis actos no crítica;
 Y que, habitando conmigo,
 De mis flaquezas testigo,
 Las vé, mas no las publica.

Y en el fausto y la grandeza,
 Y en la desgracia igualmente,
 Me acaricias con nobleza;
 Tan grande delicadeza
 La tiene solo tu gente.

No cual mis viles iguales
 Al peligro me abandonas
 Entre recelos mortales;
 Bien puedo decir que vales,
 Y mas que muchas personas.

Por eso, perra Sultana,
 De quien no temo traición,
 Cual puede tal vez mañana,
 Abrigar la gente humana,
 Para mí, en el corazón;

Entono en tu honor un canto
 Que así en broma, en risa, en calma,
 Encierra hiel y quebranto;
 Tanta hiel y dolor tanto,
 Cuanto se abriga en mi alma.

EDUARDO RUIZ Y GARCIA.

MISCELÁNEAS.

Desde hoy tenemos el gusto de contar entre nuestros colaboradores, al distinguido literato, Sr. D. Carlos Vieyre de Ambren, Director de nuestro colega madrileño, *La Lira Española*.

*
*

Nuestro estimado compañero el Sr. Franquelo, ha empezado á componer parte de la redacción del ilustrado periódico de Málaga *El Folletín*.

*
*

Conocidas son de la mayor parte de nuestros lectores, las infinitas bellezas que encierran las obras de don Nicomedes Pastor Diaz, con tanta avidez leídas en España y en el extranjero, por lo que escusamos aquí nuestros elogios.

La circunstancia, sin embargo, de tenerlas á la venta, en esta capital, un amigo de aquel ilustrado patrio, nos mueve á recomendar su adquisición á nuestros favorecedores, á cuyo efecto les advertimos se encuentran en esta administración.

*
*

Ha tomado posesión de este Gobierno, el Sr. Don Antonio Quesada, distinguido abogado del Colegio de Madrid y persona de reconocida probidad é ilustración.

*
*

Ha llegado á esta procedente de Madrid nuestro querido compañero Sr. D. Benito Avilás, festivo escritor que ya conocen nuestros lectores.

PASATIEMPOS.

CHARADA.

La primera y la segunda
 es nombre de un animal;
 la tercera, consonante,
 en el alfabeto está;
 cuarta y prima pertenecen
 á la escala musical.
 Mi todo l eva por nombre
 una niña angelical.

J. LOPEZ.

LA SOLUCION EN EL NÚMERO PRÓXIMO

SOLUCIONES AL NÚMERO ANTERIOR.

CALABOZO.

CÓRDOBA:

Imprenta de LA ACTIVIDAD,
 Azonáicas, 4.

Daél, *El Triunfo de Flora* de Poussin, *Una batalla* de Salvador Rosa y otros cuadros que aumentaban aun el efecto característico del salón, digno ciertamente de ser frecuentado por los nobles fantasmas de Saint-Simon y Madame de Montespan.

Cuando la baronesa, Valentina y Didier entraron en el salón, no fueron notados por los visitantes que, no esperándolos tan pronto, se pusieron á curiosear atentamente todos los detalles retrospectivos del mobiliario. Solo Félix Duantbois conocia el interior del palacio, donde habia sido recibido muchas veces en la época de la caza. Mr. Herbault y su hija no habian ido nunca allí, y aunque Mervilly habla sido vendido con la mayor parte de los muebles que contenia, el digno industrial no habia querido otras cuentas que las que se desprendian del cuaderno de inventario.

Cuando mas abstraído se hallaba en su contemplacion, oyó el roce de un vestido de seda, vio á la cabeza y vió á la baronesa que se dirijia hacia él. Confundido algun tanto por haber sido sorprendido en una contemplacion que podia creerse interesada, saludó profundamente y balbuceó una excusa que hizo sonreír á la señora de Mervilly, la que no pudo por menos de responder con un tono imperceptiblemente burlon:

—Comprendo su distraccion de V. Mr. Herbault, y creo que tiene V. razon para admirar el grupo de la chimenea: es muy lindo y V. hombre de gusto.

Mr. Herbault adivinó la ironia por disimulada que la hubiera presentado la baronesa con la gracia de modales y la dulce infesion de voz: inclinó, pues, ligeramente la cabeza y respondió con cierta gravedad penetrada por la emocion:

—Señora, yo no he venido aquí mas que á mostrarme todo lo agradecido que debo estarlo, al baron por haber salvado á mi hija de un peligro inminente. Yo no sé si será hombre de gusto; pero estoy seguro de ser un padre agradecido y cariñoso.

Apenas concluyó estas palabras, cuando dirigiéndose al baron y tomándole ambas manos, exclamó con voz ahogada por la emocion:

—Caballero, ninguna palabra humana podria manifestar el entusiasmo que V. me inspira y la alegria que siento al poder estrechar esta mano generosa! Solo podre decir á V. baron, cuente V. para siempre con mi reconocimiento y con todo cuanto valgo y poseo!...

La baronesa y Valentina quedaron estupefactas, tratando de explicarse lo que presenciaban.

Mientras tanto Didier sonrió á Mr. Herbault que aun le retenia las manos entre las suyas.

Mr. Herbault tendria cincuenta y cinco años proxicamente. de mediana estatura, grueso y nervioso, presentaba todas las apariencias de la fuerza fisica y de la actividad moral. De fisonomia inteligente, sus facciones tenian sobre todo la espresion de una voluntad á prueba de contrariedades: sus labios gruesos y sus ojos abiertos y brillantes anunciaban la franqueza y la bondad. A primera vista se notaba que Mr. Herbault no era un hombre vulgar; á penas se le trataba, y ya se le queria por su buen sentido, su carácter leal y su corazon generoso; era uno de esos ricos de quienes se dice: «ha hecho fortuna honradamente.» La opulencia, por otra parte, le habia costado grandes penalidades; la habia adquirido á fuerza de trabajo, de perseverancia y de aplicacion. Nacido pobre, casi miserable, habia empezado por ser aprendiz en un taller; despues fue obrero y pronto su aptitud y celo le colocaron en el lugar que merecia.

Por último, despues de una larga série de contratiempos venció en la lucha. Su creciente prosperidad le permitió establecer en una pradera á un cuarto de legua de Orbec, una de las mas acreditadas fábricas de Lisieux, viniendo la fortuna desde entonces á hospedarse en su morada: enriqueció á su asociado quien al morir le hizo cesion de sus derechos, de modo que la industria le pertenecia, amen de otra fortuna que poseia en fincas, tierras y acciones.

Esta prosperidad no habia conseguido, por otra parte, cambiar sus hábitos primitivos: su traje no diferia casi del de un ar-

tesano: chaqueta de paño; chaleco y pantalon de lo mismo; sombrero de anchas alas y zapatos de triple zuela era lo que constituía el traje de fiesta con que se presentó en el palacio de Mervilly.

Didier respondió á Mr. Herbault:

—Su gratitud paternal exagera el mérito del auxilio que presté á la señorita Clotilde: cualquier otro en mi lugar hubiera hecho otro tanto.

—Oh! oh! querido baron, dijo interviniendo Duhantbois; protesto enérgicamente. Yo fui testigo del hecho y, aunque senti algun denuedo me declaro incapaz de imitar su bravura y sangre fria,

—Pero podremos saber de qué se trata? preguntó la baronesa. Qué acto ha llevado á cabo mi hijo tan maravilloso y extraordinario que merezca las alabanzas de que es objeto?

—Permitame V, que se lo refiera, dijo Félix inclinándose delante de la señora de Mervilly y de la señorita de Champrosay; en mi calidad de testigo ocular puedo dar los menores detalles del hecho en cuestion...

—Ya le escuchamos á V., dijo la baronesa... pero sentémos primero.

E indicando asientos, tomó la mano de Matilde, que le dirigió una tímida revesencia, y la condujo á un sillón acariciándola dulcemente.

—Hable V. pues, amigo mio, añadió; soy toda oídos.

Félix refirió lo ocurrido algunas horas antes á orillas del Orbiquet, haciendo resaltar la inminencia del peligro y la audacia temeraria de Didier.

Cuando concluyó el relato hubo en el auditorio un momento de sensacion. La baronesa, olvidando la parte heróica de la escena solo se preocupó del riesgo que habia corrido su hijo y le reprendió con una ligereza maternal, pero de seguida esclamó alegremente:

la obediencia le habia de costar algun trabajo en esta ocasion, y que sentia ser obligada á mostrarse amable hácia aquellos que debian reemplazar á sus queridos señores en los dominios que poseyeron tantos años.

Cuando Lucia se retiró, quedó la baronesa pensativa.

—Porqué vendrá á visitarnos Mr. Herbault esta tarde? dijo con aire reflexivo.

Didier sonrió.

—Creo adivinarlo, dijo.

—Dínoslo pues.

—No, madre mia: quiero dejar á nuestros amigos la gloria de manifestar el asunto de que se trata.

—Despiertas mi curiosidad. Tengo deseos de saber....

La señora de Mervilly se levantó de repente, tomó el brazo de Valentina y seguida de su hijo se dirigió hácia el salon cuya puerta abrió un criado con ceremonioso respeto.

III.

El salon donde fueron introducidos Mr. Herbault, Clotilde y Félix Duhantbois estaba amueblado al gusto del siglo XVII. Canapés, sillones y taburetes de madera dorada y forrados de seda carmesi recamada en oro, con esa forma á la vez elegante y severa de cuya riqueza y magestad era tan apasionado Luis XIV. El reloj, los candelabros, los espejos, la araña y los tapices, orinarios de Venecia ó de los Gobelinos recordaban la época clásica y fastuosa de aquel monarca. En realidad todo carecia de frescura y de brillo; pero despedia como una emanacion perfumada, como una esencia de poesía aristocrática que imponia y encantaba al mismo tiempo. Ningun lienzo original adornaba las paredes, pero se veian copias notables de célebres modelos: *La Natividad de la Virgen de Murillo*, *La Tempestad de Ruiz*